Raíces Amargas






DE EL SALVADOR


DE EL SALVADOR

Lydia Valiente

Raíces Amargas

Octubre.




DE EL SALVADOR

Lydia Valiente

Raíces Amargas

Octubre.




DE EL SALVADOR

Al Coronel Oscar Osorio

porque está haciendo efectiva la superación obrera nacional con la hermosa y amplia función de las leyes laborales.




DE EL SALVADOR

El Dolor

de los Siglos

cae

Gota

a Gota

a Gota:

Y hay un gran sollozar sobre el mar ilímite de las sombras sin sombras.

—¡Oh tu, peregrino que pasas: descúbrete antes de cruzar el dintel. Son mares de llanto que mojarán tu sandalia silenciosa. Descúbrete!




DE EL SALVADOR

En Pos del Nazareno

En pos de tus huellas profundas y claras,
lebrel sin descanso, yo anhelo seguir.
Amar a las turbas ingenuas e ignaras,
llorar con su llanto, gemir su gemir.

Marchar tras tus pasos invierno y verano
en las noches negras y en días sin sol.
Dar al universo el nombre de hermano
y ser resonante como un caracol.

Tu sandalia amada, Jesús Nazareno,
regó las semillas del verbo de amor.
Quiero ser sencilla como trigo bueno
y ser para todos un vago dulzor.

Dame tu cayado. Dame tu dulzura.
En el mundo, ¿sabes?, hoy hay mucho mal.
Muchas bocas tienen sabor de amargura
y no se avizora ni luz ni fanal.

Cuando tú anduviste con sandalia leve
por estos senderos marcando tu pie,
todo era más suave, todo era más breve,
no había la angustia que ahora se ve.





Dame la dulzura de tu voz de seda
para que *yo* pueda todo adormecer.
Y al seguir tu huella que marcada queda
pueda con mis brazos al mundo mecer.




DE EL SALVADOR

Mensaje

De pie sobre la cumbre de mis sueños.
De pie sobre el baluarte de mis ansias
quiero decirle al pueblo mi mensaje:
mi mensaje de amor y de esperanza.

En torno a mí: concentración de obreros.
Saltar de chispas. Atronar de bronces.
Y el azadón y el hacha y el martillo
hacen coro a mi voz,
la puntualizan,
la subrayan también,
y me responden.

Y es mi voz como un grito de combate
de pie sobre la arista de la vida.

Por los pueblos del mundo irá mi verbo
y en cada corazón sabrá un hermano.
Cachorros que custodian la manada.
Los pobres restos del naufragio humano.
Las flotantes banderas de una causa
que incendiarán el mundo en lontananza.


DE EL SALVADOR

Mi mensaje es de amor y de esperanza.

Y le hablo al albañil y al campesino,
al herrero que forja la herramienta,
al hombre de los buses,
al minero,
al que de sol a sol en los caminos
deja en sudor la vida en un reguero,
al hombre de la fábrica,
al soldado,
también al zapatero y carpintero,
y al humilde peón y al ferroviario.

Mi mensaje es campana que convoca.

Concentración total del mundo entero,
de las clases humildes y dolidas,
eternamente sojuzgadas, solas,
que saben de amarguras sin medida
en el vórtice negro de las horas.
Unidas esas filas proletarias
en nudo estrecho: corazón y brazo,
saldrán de esa gran noche tenebrosa,
inmensa,
sin orillas,
sin auroras,
como una procesión de mudas sombras.
La consigna es: unirse.
Compañeros.
La consigna es la unión de almas ardientes.
Unirse, y nada más.





Ese es el Credo.
Unirse, y nada más.
Y fuertemente,
y apretadamente
constituir la falange victoriosa
de un mañana triunfal.
De un mañana potente y luminoso,
como una aurora boreal inmensa,
como un palio de luz inmaculada
sobre rosas de fuego y de cristal
abiertas en jardines de confianza.

Unirse, y nada más.
Es mi mensaje.
Mi mensaje de paz y de esperanza.




DE EL SALVADOR

Sementera de Lágrimas

Madre: yo caí de tus brazos como rueda una lágrima.
Apenas sé el motivo,
y apenas sé por qué.
Inmensamente sola.
Con sed de amar montañas, de abrazar horizontes.
¡Me azotaron los vientos de toda tempestad
y aún estoy de pie!

Todas las turbas locas que seguían al Cristo,
han dejado regueros de semillas en mí.
Todas las turbas locas las llevo en las entrañas.
Y hay un vasto concierto de lágrimas
que van regando música.
siempre en torno de mí.

Los ojos sin pupilas,
los muñones colgantes,
los niños sin abrigo y la miseria están
pidiendo con sus manos tendidas a mi senda
que destruya las zarzas,
que les abra el camino porque puedan pasar.

¿Ya lo ves madre mía?:







tengo que darme toda.
La montaña está en ellos.
Allí el amor está,
inmenso, sin medidas,
rompe olas de la eternidad.
Déjame mujer, irme con todos ellos.
¿Qué importa lo que venga
si es que viene el sufrir?
Yo también he regado lágrimas por doquiera.
¿Y quién sabe ni cómo?
¿Y quién sabe por qué?
mis lágrimas se fueron
sobre el viento y el sol,
a formar con las de ellos de amargura infinita
el mar vasto y profundo de toditos los tiempos
que tiene por riberas toda la eternidad.




DE EL SALVADOR

Timbaleros

Caminar. Caminar.
Y llevar en los ojos
y llevar en el alma
el peso de los astros como una maldición.
Llorar por los que lloran,
estallar en sollozos,
gemir miles de veces y millones rodar. . .
y al rodar enlodarnos hasta el último germen,
enlodarnos el alma sin cesar de brillar.

Tú y yo somos astros que olvidaron la ruta,
y chocamos con todo, con todos y con todo
y son un gran rugido nuestras fauces sin par.
Tú y yo, compañero, de pie sobre los siglos
somos dos cristos trágicos de espantoso grandor.
Convulsiones de sombras enlazan los instantes
y en ese mismo instante la humanidad es dolor.
Maldiciones violentas, rayos y tempestades.
El dolor en la sombra es un fuerte puñal
que razga las entrañas y que razgando quema,
olor de incendio en carnes, crepitar de volcán.


DE EL SALVADOR

Tú y yo, compañero, letanías de aullidos,
por todos los que lloran, por todos los que caen,
por el hambre y la muerte,
por la angustia dormida en regazos de llanto,
somos timbal que atruena toda la eternidad.

No hablemos con los nombres —balbuceo de niños—.
Conjuguemos el verbo del dolor y el sufrir,
con la voz de mil furias y estallar del infierno,
no con húmedas voces de apagado gemir.
Lancemos nuevo grito de protesta y de rabia.
Ha pasado ya el tiempo de implorar caridad.
Somos los timbaleros de la hora del bronce
y si la voz es húmeda, doliente o resignada,
antes que mancillarnos, quebremos el timbal.




DE EL SALVADOR

Raiz

Mi pueblo. Pueblo mío. Mi llaga en carne viva.
Pueblo que vive al margen de la felicidad.
En tus ojos oscuros hay temblor de huracanes
y en tus carnes morenas
hay gestación de auroras y amanecidas claras
de una vaga ansiedad.
Raíces de mi raza tan pródiga y tan noble.
En el silencio grave de tus caites se ven
procesiones que fueron como un ánfora rota,
pasando por los siglos con hambre y sin sostén.

Mi pueblo. Pueblo mío bizarro y altanero,
sangrante en pos de un sueño,
siguiendo un ideal.
Carne para las hienas del odio y la falsía
que van saciando el hambre
de dolo y capital.

Mi pueblo. Pueblo mío de sonrisa de niño,
sencillo y humildoso como el maizal en flor.
En tus ásperas manos, en tus manos tan rudas,
en tus hombros cansados,
se tendió mi canción.


DE EL SALVADOR

Pueblo trenzado de indios, ladinos y español.

Yo siento tus torturas, yo siento tus tormentas,
yo siento la amargura de tus días sin pan,
el látigo del hambre que muerde entre la sombra,
tu sed de superarte,
tus ansias y tu afán.

Mi pueblo, yo te llevo dormido en mi regazo.
Los dos nos comprendemos. Nos amamos los dos.
Para tu sed intensa de paz y de justicia,
para tu lenta espera sin nunca desmayar,
para tu paso errante en busca de un solo hombre,
para toda tu angustia
y tu fiebre y tu llanto:
ni el mismo Dios, acaso, te quiera ya escuchar.

¡Oh pueblo, pueblo mío de la manta y del caite,
del dril ya desteñido y el zapato peor.
Que construyes las cosas y cosechas los frutos
que han de ser en la vida tan sólo del patrón!

Mi pueblo. Pueblo mío, simiente de mi raza.
Sencillo y angustiado.
Mi niño en orfandad.
Empínate en tí mismo, sobre tu misma angustia,
y alcanza con tus manos,
con los ojos abiertos,
con gesto de osadía:
el derecho a la vida,




DE EL SALVADOR

el derecho a ser hombre,
el derecho a ser dueño de tu propio destino,
el derecho a tí mismo.
que nadie te dará.




DE EL SALVADOR

Cipotes de la Barriada

Dime tú: carpintero, albañil, lo que seas,
tú que vienes cansado de sufrir y sudar
y vas buscando el sitio de tu covacha oscura
que está al borde del río,
o en aquel lodazal.
Dime tú: buen obrero,
con la herramienta al hombro,
con el paso tardío,
y el cansancio mayor:
¿son acaso tus hijos esos niños raquíticos,
pálidos, amarillos, sucios, de mal olor?
Se revuelcan tranquilos en los mares de lodo
y llevan a sus bocas inmundicias y horror.

¡Cómo me duele el alma, niños de las barriadas,
vuestra ingrata miseria,
vuestras caras de espectro,
vuestra agonía lenta,
prematuro dolor!

Institutos imbuidos de su noble tarea
van construyendo casas sin nunca descansar.
Y casas y más casas se levantan ahora,




DE EL SALVADOR

casas que dicen todos:
los pobres vivirán.
Y son casas bonitas, fáciles y baratas.
Pero esas, niños míos,
niños de las barriadas,
las vuestras no serán.

Cipotes de barriadas, los gérmenes del crimen.
En esos lodazales, cuartos oscuros y húmedos,
en el fondo más hondo de horror y de inmundicia
germinan las semillas,
se está gestando el odio,
florece el criminal.
No preguntéis, señores de casimir pomposo,
de dónde brota tanto asesino y ladrón,
como hongo de inmundicia se desarrolla y crece
el feroz asesino,
el asesino audaz.

¡Oh padres de familia de los colegios caros:
temblad por vuestros hijos,
por su vida temblad!
En los antros inmundos de las barriadas todas
se estremecen las sombras y se afila el puñal.





Hombre de 7 Siglos

Todo el dolor del mundo se volcó en mi regazo.
¡Ah las cuencas sin ojos!
¡Ah el dolor de soñar!
¡Hambre de 7 siglos contorsiona el ambiente!
Los niños muertos de hambre sueñan aún con pan,
y sus manos ingenuas,
raíces en el fondo de la tierra morena,
se llevan los terrenos dormidos de la tierra,
a la boca sin labios, que la muerte besó.

¡Hambre de 7 siglos!
¡Dolor que viene lento del ombligo del mundo!
Dolor de los humildes,
de los que tienen hambre,
de los que tienen sed
de justicia infinita sobre la pobre vida
que se estremece toda
de frío hasta los pies.

¡El dolor de los niños!
¡Lagrimones de fuego sobre la lejanía!
Estrellas de amargura sobre la soledad.
Tendidas hacia el mundo mis manos aletean.
¡Hambre de 7 siglos!
Mi corazón es pan.





Los Mineros

Los topos de la mina.
Los trépanos humanos
que viven en la entraña de rico mineral.
Prisioneros del tiempo.
Asidos a la tierra.
Sacando el oro en bruto que nunca gozarán.

Tuberculosos cristos que llevan en los ojos
la sombra de los túneles ahitos de humedad.
Maldito. Sí.
Maldito cien mil veces el oro que enloquece.
El oro que la tierra nos brinda sin cesar.
El oro que se entrega en cambio de las vidas,
en túneles abiertos:
arterias de Satán.

Minero, compañero, la luz del sol te espera.
Sal a la luz del sol.
Que ondule tu bandera triunfante y altanera
como una enseña clara,
magnífica y soberbia,
en la inmensa legión.




DE EL SALVADOR

Lucha porque en tus sueños aliente la grandeza,
aliente el esplendor.
Porque tu pan amargo diluya su amargura,
Se pierda tu tristeza,
se vierta la esperanza.
Porque el sollozo largo como largo ulular
se esconda entre las sombras,
se aleje de tu lado en un solo temblor.
Lucha por esa causa de tus hijos y hermanos.
Lucha por la conquista de una vida mejor.

Minero, compañero,
que el túnel de la sombra y de la muerte,
el túnel del espectro solitario,
infierno peor que infierno,
de humanidad baldón,
al golpe de tu mano poderosa,
de voluntad unida,
se torne en faro de potente sol.
Minero, compañero, que vas por esas brechas
dejando en cada golpe de tos surcos de sangre,
perdiendo a cada paso la fuerza y el vigor.
Tú que llegaste un día audaz y esplendoroso,
buscando en esas minas
de ambiente pavoroso
la vida y la esperanza:
valiente y luchador.
Hoy llevas en los ojos tragedias y agonía
tu paso es vacilante,
tu pecho cavernoso,
la tos que te tortura no da ningún reposo.




DE EL SALVADOR

Más hondo que esos túneles.
Más hondo. ¡Ay!
Más hondo es tu dolor.

¿Desesperar?
¿A qué?
Si ha muerto la esperanza.
Desesperar es siempre alzarse en rebeldía,
grito que se levanta pujante de emoción.
Minero, compañero,
el mundo desconoce tu grito mudo y trágico,
esa tu gran tragedia
donde el silencio es voz.

Si ignora tu tortura.
Si ignora tus tormentos.
Si ignora tu amargura:
¡no sigas por el túnel donde el Demonio es Dios!




DE EL SALVADOR

Hombre del Mar

Sobre el mástil más alto,
sobre el más alto faro,
tifón que se levanta repercute mi voz.
Y se adentra hasta el fondo de las algas marinas,
se pasea en las hondas cavidades oscuras,
se refleja en los rojos y dormidos corales
y titila en las cuencas de los ojos vacíos
de todos los marinos,
de los que fueron siempre por los glaucos caminos
con sus barcas crugientes,
sin regresar jamás.

La traición de las olas ondulantes y vagas,
criminales impunes, han sabido crear
millones y millones de huesos que tapizan
el fondo tenebroso,
dormido y silencioso
del insidioso mar.

Marino que te aprestas a lanzarte en tu barca
por ganar rudamente de tus hijos el pan,
que llevas en los ojos las claras lejanías,
y eres tan sólo un punto





que azotan las borrascas
y mecen las tormentas
y besa el huracán.

Hombre del mar, humilde,
sencillo en tu grandeza.
Quién sabe si mañana la muerte encontrarás
por pescar con tus redes delicadas y finas
los bocas coloradas,
los parvos y los meros,
tiburón y picuda,
que en mesas elegantes y de manteles blancos
enteros lucirán.

Hombre del mar, marino,
¡piedad para tus hijos,
que uno de tantos días en la orfandad serán!
Hombre del mar, marino,
errante y solitario
de silenciosa voz.
Más que todos los hombres
de las ciudades todas,
rodeado por las amplias, inmensas soledades,
más que todos los hombres,
más cerca estás de Dios.




DE EL SALVADOR

Campesino

El marco de tu vida campesino sencillo,
madrugador ingenuo, fiel zenzontle cantor;
son los "ojitos di agua",
la loma enneblinada,
la quebrada llorona
y la brisa que mece los maizales en flor.

Tu rancho de zacate tiene el calor del nido.
Tus hijos al aire puro la bendición de Dios.
¡Cómo envidio tu vida!,
el silencio que envuelve la sombra de tus días,
tus claras soledades,
tus ojos de misterio,
tus suaves alegrías
y tu conformidad.

Hay también amarguras en tu vida callada,
se dilata en tu angustia la sombra del patrón,
el censo que recae sobre tus hombros mustios
hace que entre tus noches
se retuerza la pena,
gravite el desaliento,
se tienda la aflicción.




DE EL SALVADOR

Cuando abriste la ronda para incendiar la roza,
con el alma tendida te elevaste hasta Dios,
le pedistes al cielo bendijera tu siembra
y abriste en la esperanza los surcos sin temor.
Y regastes el grano,
y vinieron las lluvias.
La tierra se esponjó.
Cómo llenó de gozo tu corazón honrado
la caricia del viento sobre el verde sin par,
y las gráciles hojas que se doblan coquetas,
Las cañas que sollozan y cantan y se besan
y el maizal que es un sueño a punto de encarnar.

Pero el sol se oscurece de oriente a occidente,
desde el norte hasta el sur,
Tu mirada se vuelve con presteza a la altura.
Tu corazón se encoge en angustia feroz.
Bandadas y bandadas de chapulines llegan
y te aplana la angustia,
y te ahoga la pena,
El maizal se perdió.

El hambre muestra ahora sus garras en tu puerta.
¿Qué comerán tus hijos?
¿Cómo resistirán?
Y pasan como sombras por tus ojos abiertos:
las medicinas caras,
y las varas de manta,
y la sal y el azúcar.
¿De dónde llegarán?




DE EL SALVADOR

Y te ahoga la angustia
y la agonía crece.
Sientes que bajo un puño de hierro
se para el corazón.
Pero eso nada importa.
Tu pobreza,
la vida de tus hijos,
el hambre que llegó.
Eso no importa nada.

El censo, el mismo censo
exigirá el patrón.




DE EL SALVADOR

Ferrocarrileros

Cinturón de bronce los trabajadores,
dan la vuelta al mundo, como un cinturón.
Cadena que trenza sus mil eslabones
y los ferroviarios,
los del mundo entero,
detrás de sus amplios penachos de humo,
amos de los monstruos modernos de hierro
que cantan sus sones en un solo son,
van por los caminos
que el riel les señala. . .
¿De dónde?
¿Hacia dónde?
Impulsando el mundo como un corazón.

En tus manos fuertes,
ferrocarrilero,
reposa todita, toda la armazón
de estas sociedades de cemento armado,
y su economía,
de Oriente a Poniente,
toda su riqueza,
civilización.





Ferrocarrilero de vida de asceta,
que ignoras cansancios y hambres,
y vas, por todos los rumbos
con la meta fija.
¿Adónde es que anhelas tus sueños llevar?
Miles de accidentes de continuo surten
a todas las horas
cementerios mil,
y van los periódicos llenando sus páginas
de horrendas tragedias
en todo el confín.

Ferrocarrilero que sigues el rumbo,
que acaso el destino marcado te dió,
y entre los segundos de tus largos días,
como una bandera,
como un oriflama,
insignia sagrada,
vas llevando a cuestas un alto ideal
que un sueño selló.

Ferrocarrilero,
la justicia espera que tu voz de mando
venga a despertar
a la grey enorme de trabajadores
que ahora ya empiezan
también a soñar.

Ferrocarrilero de estepas y llanos,
de lagos y bosques.
Descenso. Ascensión.




DE EL SALVADOR

Todos tus hermanos confían y esperan
que el silbato inmenso de los trenes todos
les marque la hora
de liberación.




DE EL SALVADOR

Carta Abierta a Juan Pueblo

Amigo, buen amigo:
A vos querido amigo hoy vengo yo a contarte,
todas las penas mías
mis ansias, mis angustias,
mis anhelos y afán,
porque se llegue un día en el que vos,
Juan Pueblo,
puedas en esta vida tener felicidad.

A vos deschirajado, palúdico y hambriento,
a vos que el alimento jamás fortaleció,
que vas a las cantinas buscando el aguardiente
para ocultar lo amargo de esta vida feroz.
Y destrozas tu vida con venenos pintados,
y enriqueces los antros con sangre de tus venas,
sangre del corazón.

Y enriqueces cantinas quedándote más pobre
y van tus hijos todos
exahustos y marchitos,
desnudos y descalzos,
con hambre y sin un pan.



Yo sé que son tus noches sin descanso y sin sueño,
yo sé que así amargado
a tropezones vas,
que es negro tu pasado y el porvenir sombrío,
y ahora en tu presente
desesperado estás.

Buen amigo, Juan Pueblo,
yo soy de tus amigos, vos sabés que te quiero,
vos sabés que hace tiempo que lucho yo sin fin.
Que resignadamente vivimos a la espera
de que tu vida cambie,
haciéndote feliz.

Juan Pueblo, compañero,
filósofo del hambre,
yo tiendo mis dos manos hacia tu corazón,
el frío lacerante que tu espíritu azota,
tal vez con mis dos manos
fraternas y sinceras,
intensamente humanas,
logre calor llevarte,
llevarte la ilusión.



Amor Imposible

Sola . . . Con el dolor intenso de todo lo inconcluso.
Porque un amor sin nombre se regó en mis entrañas.
¡Ah! ¡la vasta locura de aprisionar el mundo
igual que alguna mosca
prendida en telarañas!

Porque quise hacer mío el dolor infinito
de los ojos extraños que no saben mirar . . .
de las almas que sueñan en las cosas distantes,
de las manos tendidas
sin poder alcanzar.

Sola . . .
Ceiba de la montaña enhiesta y victoriosa,
tempestades y rayos me han sabido azotar;
y en mi seno impetuoso,
nido para las aves,
hay rumor de pichones,
arrullos de torcaces,
plumajes y píar . . .
Para la piedra tengo caricias maternales
Y besos de zenzontles y plantas trepadoras
en mí sé cobijar.







Sola. . .
Infinita locura de seguir ambulante. . .
Y, mi amor, es, amado, como la eternidad:
si quieres recogerlo en tus manos viriles
se te escapa en los dedos como el agua del mar.

Porque me he dado toda ya no me queda nada.
Quise hacer mío el mundo,
mía la eternidad,
y me interné en la senda con las velas tendidas
sin pensar en mañana
ni mirar para atrás.

Y hoy tu amor no me vasta.
Llevo llenos los ojos y rebalsa mi pecho
el amor sin orillas. . .
toda la eternidad. . .
El amor del que llora,
del que no tiene nada,
del que nada posee. . .
de los niños que sufren y que no tienen pan
¿Y tú me quieres toda para tí solamente?. . .
¡Las mujeres cúal yo, no se deben amar. . .!




DE EL SALVADOR

Amor y Amor

Embriagada de sueños voy cruzando la vida.
Desorientada a ratos,
soñando en el amor.
Y el amor egoísta y el amor infinito
tejen un manto nuevo
y una misma canción.

Amor tiene dos alas;
una rubrica: ¡amado!
La otra sobre el mundo rubrica: ¡redención!
Partida en dos pedazos voy zurciendo mi historia.
Dos velas sobre el viento,
en el fondo el timón.
Y las velas tendidas a caminos inciertos
van al compás del viento
besando un nuevo sol.

Por mi amado las ondas estremecen la quilla.
Y por ellos las lianas enredan el timón.
Por mi amado los ojos brillan en la esperanza.
Y por ellos
mi pecho saborea el temor.




DE EL SALVADOR

Dame tus manos fuertes amor del bien amado,
para guiar en la noche de inquietante dolor,
a los seres que buscan
en la sombra callada:
la infinita justicia y el camino mejor.

Dame amor angustiado de la turba que gime
esa ingenua esperanza,
esa dulce quietud,
la pueril armonía,
y la suave alegría
de la conformidad.

La rueca de las horas va hilando mi quebranto
con el huso punzante
de la fiebre y del llanto
para tejer el velo de la serenidad.

¡Amor tan sin medida!
¡y amor tan sin orillas!
Por esos dos amores me olvidé ya de mí.
Y a mi amado le grito: ¡que no debe de amarme!
y en la cruz de este grito enclavada me ví.




DE EL SALVADOR

Abanicos Rojos

Estandarte de gritos que flotan al viento.
La espalda encorvada sacude el testuz.
Se mueven las sombras.
Se agitan las masas,
corren calofríos de loco pavor.
Y entre las entrañas de la madre tierra,
plena de cansancio,
plena de tristeza,
surge un nuevo sol.

Ya no los mendigos de toda caricia,
caricias de ciencia,
caricias de amor,
irán por la vida cual rota jauría
que no tiene asilo,
que no tiene pan.
Que sabe del frío de sentirse sola,
de la angustia errante,
del sueño sin noches
y de la orfandad.

¡Ay, de los que llevan látigo en la mano!
¡Ay, de los que ignoran lo que es el dolor!



¡Ay, de los que exprimen el jugo que es rojo
como un gran viñedo
de rojo color!

Vértebras del mundo,
el fruto está a tiempo,
los hombres alerta.
¡Alerta!, es un grito sonoro y triunfal.

Van los abanicos barriendo el espacio,
voces de metralla madre del puñal.
Y en las chozas tristes,
humildes y rotas,
abanica el hambre y abanica el .frío
y abanica el llanto de todo dolor.
Y entre las entrañas de la madre tierra
plena de cansancio,
plena de tristeza,
vuelan los corceles de toda igualdad.

Ya no tiranías.
Ya no esclavitudes.
Niños sin abrigo, ni niños sin pan.

Lucha de abanicos estremece el viento,
ametralladoras que cantando van,
ametralladoras,
abanicos rojos,,
partos del infierno,





madres del puñal:
contra el abanico que abanica el mundo
de llantos y penas
y queja y dolor.

¡Oh, de los humildes que arrastran cadenas!
¡Oh, de los que fuera su padre el dolor!
¡Alerta! los rotos de las madrigueras
que saben del hambre e ignoran de pan.
¡Alerta!, cachorros que parieron penas,
mamantaron ansias y besó el dolor.

El mundo sacude su enorme melena. .
Y ruge el GRAN HIMNO DEL TRABAJADOR.




DE EL SALVADOR

Vendimia




DE EL SALVADOR